



Comentario a Arens, Juliana: *Traidoras. Crónicas de vida sobre mujeres privadas de su libertad*, La Plata: La Caracola, 2018, págs. 127.

**Florencia Vallone**

LESyC, UNQ

“Traidoras”, en principio, fue la tesis de la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata de Juliana Arens. Pero, al ser publicada, significó la posibilidad de que muchos/as lectores/as podamos adentrarnos en el relato en primera persona de seis mujeres que se encuentran privadas de su libertad. Una de las palabras que se repite una y otra

vez en las historias de las entrevistadas es “nosotras” y Marta Allen al abrir las primeras páginas nos dice que decir “nosotras” es un acto político capaz de derribar un muro: “este libro no habla sólo de las que están adentro, sino que tiene la capacidad de interpelarnos a todas”.

Ana es la voz inicial. Una primera cuestión que puede llamarnos la atención, pero que no aparece sólo en esta entrevista, es que ella dice no sentirse presa. Cuenta que tiene paz y entiende que su presente es una lección ante la molestia que le causó a su gente. Se siente culpable y ese sentimiento está relacionado con un aspecto que es transversal a todos los relatos: “haber dejado a sus hijos”.

Resistir es algo que caracterizó la vida de Ana, pero no sólo la de ella. Su historia comienza con la muerte de una de sus niñas en un viaje en el tren cuando iban a pasear a Ranelagh. Sin embargo, esa no fue la única situación dramática que tuvo que atravesar: de doce hijos, cinco murieron. Por muerte súbita, por un tiroteo con la policía en el barrio, por pérdida de un embarazo, por un asesinato del cual ella no sabe los motivos ni las circunstancias.

“A todo esto, tengo dos hijos que son consumidores de paco”, le cuenta a la entrevistadora. Que Ana esté presa tiene que ver con esta última parte de su relato. Ella explica que un transa del barrio les daba a ellos droga para vender y les pagaba

con lo mismo, hasta que consumieron más de lo que vendieron. “Mirá Ana, vendeme porro y no me debés nada” manifiesta ella que le dijo aquel hombre. El miedo a encontrar a sus hijos muertos fue su motor. Pero decidir dejar de vender fue su puerta de entrada a la cárcel.

A pesar de que Ana cuenta que cuando tenía trece o catorce años se escapaba de su casa para ir a bailar porque estaba cansada de lavar, cocinar y cuidar a sus hermanos, ella expresa que su gran anhelo es agrandar la casa y tener a todos sus hijos consigo. Agrega que su sueño es ser la Madre de las Madres. En palabras de Juliana Arens: el mandato y la elección se confunden.

Marina es el nombre de la segunda entrevistada y al leer su historia, las continuidades respecto al relato de Ana aparecen: “soy libre, estoy presa físicamente, nada más”, le dice a la entrevistadora. Una vez más, los hijos entran en escena. Ella dice sentirse de ese modo porque tiene la libertad de estar todo el tiempo con su hijo Santino, quien nació en la cárcel, y, a pesar del encierro, expresa que cuando lo ve se encuentra con sus tres niños.

Está presa por la muerte de su hija Luisina, quien fue asesinada a los tres meses. Marina asegura que el culpable es el padre de su último hijo, pero el peso cayó sobre sí. “Todo me cuesta sin ella, comer,

reírme, levantarme, acostarme”, dice en el libro. El embarazo de Santino fue su salida.

Juliana Arens escribe que quienes son acusadas por asesinato de un hijo sufren la violencia tanto proveniente del personal penitenciario como de otras mujeres privadas de su libertad, siendo obligadas a ser las “amas de casa” de los pabellones. Sin embargo, Marina misma es quien dice que lo que quiere es que sus hijos se sientan orgullosos de ella, que no sufran una infancia como la de ella, que estén cerca, estudien, no tengan vicios y sean felices. Su deseo es estar sentada viendo crecer a sus nietos y descansar de la vida.

Mientras Marina era entrevistada, Valeria, una tercera voz, le preguntó a Juliana si de lo que se trataba era de hablar de la vida que sufren adentro o de la vida que sufren afuera. Es que su infancia no significó alegrías. Se trata de una joven que se fue de su casa a los nueve años porque comenta que “su familia no era estable”. Desde chica, fue encerrada en diferentes institutos en los cuales dice que fue maltratada el doble de lo que vivió en la calle.

A sus 33 años está encerrada por un “garrón”, por un homicidio que dice que cometió su amiga—que también está en la cárcel—y la culpó. Lo que le duele es que le “arrancara a sus hijos”. Lo que ella hacía antes de estar privada de su libertad era “limpiar casas de familia” y comenta que

sólo en el encierro pudo asistir a talleres y clases. No obstante, lo que quiere es “volver a la misma vida que tenía, a su casa”.

En la entrevista, Valeria se pregunta quién no necesita el abrazo de un hombre y cuenta que a partir de un chat conoció a un pibe con quien estuvo en una visita intercarcelaria. Es relevante no dejar de lado que para llegar al encuentro ella consideró necesario hablar con su hermano, quien también está preso. “Por respeto”—dice.

Valeria asegura que el papá de sus hijos más chicos, con quien expresa hablar de vez en cuando, le dijo que nunca la va a dejar. La contradicción surge cuando al empezar a leer el capítulo ella comenta que los hombres tienen más visitas que las mujeres porque los siguen sus esposas, madres, hijas, amantes o amigas, pero que a la mujer no la sigue nadie y es a ella a quien abandonan. Muchas veces, volver a sus casas junto a sus hijos, tal como cuentan las entrevistadas, es su refugio ante situaciones desoladoras.

La historia de Mirta parece de película. Ella dice en la entrevista haber sido víctima de una trampa. Es licenciada en Sociología, era empleada del Estado nacional y formaba parte de un equipo de auditorías. Se presentaba en dependencias públicas e investigaba su funcionamiento, tal como se cuenta en este cuarto capítulo del libro.

Tras haber recibido la llamada de un compañero que pretendía ser reemplazado, Mirta acepta cubrirlo sin pensar que se encontraría con el cuerpo sin vida de una mujer que limpiaba el lugar. “La cama no estaba apuntada a mí”, dice. Y aunque hay pruebas de que ella no fue quien llevó adelante el asesinato, Mirta no tuvo escapatoria. Habla de una carpeta que había aquel día, que nunca abrió, porque “si yo tenía la carpeta en mi poder lo hubiera negociado. No la tuve y no la tengo. Esa gente piensa que todavía la tengo.”, expresa. Mirta cuenta a Juliana que los responsables del homicidio querían negociar con ella información que no tenía y fue por las amenazas de muerte que recibía su familia que ella decidió aceptar su privación de libertad a cambio de salvar la vida de sus allegados.

Pero ella dice estar cercada, ya que comenzó a sentir que el Servicio Penitenciario tuviese relación con quienes la enviaron al encierro, quienes tienen vínculos con el poder.

Observar de cerca la violencia por parte del personal penitenciario hacia las mujeres pobres con quienes compartía su privación de libertad la llevó a llamar a la prensa y a gente del Comité Contra la Tortura de la Comisión por la Memoria, hasta que una denuncia por el hostigamiento de una celadora fue el comienzo de una situación constante de acoso y violencia. “Es sentirte

nada, es como que ellos son dueños de todo lo tuyo, de tu vida, de todo. Y si me pasa algo pueden armar que lo hicieron mis compañeras. La mayoría de las veces ganan. Les violan todos los derechos y no pasa nada, nadie hace nada”, señala Mirta.

Al comenzar la entrevista, ella dice que siente el deterioro de los años presa y que sus estudios en sociología ya no le sirven, pero que, como muchas de quienes relatan aquí, a pesar de haberse quedado sola, el encierro se vive con dignidad cuando una acepta estar encerrada en pos de ser buena madre.

La voz del quinto apartado del libro es la de Yamila. Ella empieza diciendo que no soporta a los hombres. Quizás ello tenga vínculo con su historia de la infancia, que el/la lector/a va conociendo a medida que avanza la entrevista. “Para mí mi mamá es todo, mi papá no. Mi viejo nos dejó cuando yo tenía catorce años, ahora trabaja y tiene su familia aparte”, cuenta.

Juliana Arens escribe que las relaciones adentro no pueden pensarse de manera aislada y que las estructuras jerárquicas son las del patriarcado. Yamila le dice que ella asume como su identidad ser “chongo”, aquellas mujeres que cumplen con el rol del varón en el encierro. A lo largo de su relato, Yamila despliega masculinidad y expresa estar con todas las mujeres que quiera. Sin embargo, la entrevistadora observa que dicha construcción de identidad tiene

relación con su vida en el exterior. Ella dice que le encanta pelearse a las piñas con los hombres, pero lo que hay detrás de eso es querer protegerse a sí misma, por un lado, y, por el otro, a las personas que quiere.

Yamila trabajó desde muy chica, hasta que se cansó. Relata que a los diez años empezó a trabajar en la empresa familiar haciendo zapatillas durante largas horas por poca plata, además de cuidar a su abuela y ayudar a su papá a hacer botas. Pero una tarde, cuando su padre le dio doscientos pesos para pagar la luz, ella decidió usarlos para comprarle unas zapatillas a su hija y no volvió más.

Es madre de tres hijos—dos de ellos la esperan afuera—, sólo tuvo dos compañeros: el padre de sus dos primeros niños y el padre del tercero, a quien conoció en una intercarcelaria. Decidir tener un tercer hijo tuvo que ver con el sentirse sola. Es que, aunque ella dice que desde que se fue su pareja del encierro no le importa más nadie, a su vez, admite que lo que le gustaría es formar una familia con una chica. Expresa que estuvo con hombres sólo para tener a sus hijos y, del mismo modo que la mayoría de las madres que se encuentran en la Unidad, lo que quiere para ellos es que finalicen el colegio, tengan una vida distinta y que no terminen donde ella está, porque “duele el encierro, duele en el cuerpo”.

Lourdes es quien cierra este libro y lo hace diciendo que prefiere veinte mil veces ser mujer a ser un hombre: “Si yo fuera hombre no les pegaría a las mujeres. ¿El hombre que hace?, trabaja, toma, come, te pega, te abusa, te basurea y se va. Y la mujer siempre está, tanto como mujer como para mamá”.

Su padre le pegaba mucho a su mamá y ella asegura que si no le hubiera dado las palizas que le daba, no hubiese muerto con dos bebés adentro. Lourdes es madre de ocho hijos y los primeros dos son de su padre. Intentó escaparse más de una vez, pero cuando él la encontraba las represalias eran aún peor. Cuenta que él le decía: “te voy a quebrar las patas para que no puedas irte de acá”. Ella dice: “supuestamente era su mujer, no la hija”, hasta que a sus veinte años se animó a irse y tuvo casa y comida ofrecidas por un matrimonio que le requirió atender a una mujer mayor. Lourdes le comenta a Juliana: “no me importaba nada, sólo ser libre”.

Tiempo después, su padre fue detenido tras ser denunciado por ella misma luego de intentar abusar de su hija. Año y medio tardó la Justicia en hacerlo y Lourdes, después de vender todo lo que tenía, se prostituyó por sus hijos: “Me cansé de mandar a mis hijos a dormir con una taza de té y un pedazo de pan”.

Relata que, posteriormente, tres hombres pasaron por su vida. El primero

se fue cuando quedó embarazada nuevamente. Del segundo cuenta haberse enamorado un poco y haber tenido dos hijos más, pero él no iba a trabajar, así que ella comenzó a cuidar abuelos por muy poca plata por noche. Martín, le dice a la entrevistadora, que es el nombre del papá de su última hija, con quien convive en el encierro. Fue con él con quien robó por primera vez, para hacerle un regalo a su hijo por su cumpleaños. Que su marido haya matado a un hombre que les había ofrecido vender cocaína significó ingresar en la reclusión.

Lourdes da cierre a su entrevista expresando su dolor porque Isabela, su niña más pequeña, sólo puede quedarse con ella en la Unidad seis meses más. “¿Quién me sostiene a mí desde acá adentro?”, se pregunta y dice “de repente estás en la calle con todos tus hijos y de golpe estás sin tus hijos. Te das cuenta de que no es solamente robar para dar de comer, se les quitó amor, se les quitó cariño”. Su tristeza surge por perderse momentos con ellos, por no verlos.

Juliana Arens al comenzar el libro comenta que en un primer acercamiento ella pensó que las mujeres que se encontraban en el encierro habían traicionado el mandato social y patriarcal de ser mujeres-madres dedicadas exclusivamente al hogar. En consonancia, suele suceder que cuando una mujer

delinque, una pregunta común puede que sea: ¿por qué no pensó en sus hijos/as? Pero, ella cuenta que, al complejizar la mirada, observó que las entrevistadas decían haber delinquido por sus familias, para salvarlas o para que puedan tener una mejor vida a pesar de desigualdades estructurales.

Escuchar y conocer la realidad de las mujeres que viven privadas de su libertad a partir de sus propias voces es fundamental para no ser olvidadas. La autora escribe porque es importante la existencia de perspectiva de género para comprender procesos sociales complejos. Leer las biografías plasmadas en “Traidoras” nos aporta no sólo para percibir y cuestionar el ejercicio sistemático de prácticas violentas que recaen sobre las mujeres tanto afuera como adentro de las cárceles, sino también para observar las formas y estrategias de resistencia que ellas deben ensayar a diario. Como relatan las pibas del taller de Atrapamuros al cerrar el libro: “Aunque no demos más, las pibas resistimos. Siempre de pie, no está muerta quien pelea”.